

VALORES NOTICIOSOS, IDENTIDADES PROFESIONALES Y PRÁCTICAS PERIODÍSTICAS EN EL MÉXICO POST-AUTORITARIO

MIREYA MÁRQUEZ RAMÍREZ
Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

Es ya lugar común afirmar que la prensa mexicana es decididamente más libre, diversa, plural y crítica de la que 30 años atrás, durante la cúspide del régimen priísta autoritario, celebraba con pompa los discursos y declaraciones del presidente, evitaba publicar información crítica, ignoraba cobertura a sus oponentes, negociaba acuerdos editoriales a cambio de prebendas, y recibía pagos mensuales a sus reporteros, subvenciones de papel, publicidad abierta y simulada, o concesiones de radio y TV, a riesgo de enfrentar censura, amenazas o represión (Fromson, 1996; Hallin, 2000). La victoria del candidato de oposición Vicente Fox, que significó la alternancia política en el año 2000, coronó una plétora de transformaciones en la industria periodística y cultura de reporteo que se habían venido suscitando desde décadas anteriores, con la implementación de reformas políticas y económicas que fomentaron el surgimiento de medios impresos y electrónicos más plurales, críticos, independientes y de modelos de negocio redituables que ya no dependían tanto del estado para subsistir (Hernández Ramírez, 2010).

Según la literatura especializada, la apertura política y económica que precedió a la alternancia política impactó en la llamada profesionalización de las salas de redacción y en la consolidación de un periodismo más independiente y autónomo que fue erosionando muchos de los pilares que sostenían las viejas relaciones prensa-Estado durante el régimen autoritario del PRI (Lawson, 2002; Wallis, 2004; Hughes, 2003). Incluso algunos autores preveían que la llegada de Vicente Fox al poder rompería con los viejos esquemas del pasado “e impulsaría la modernización de los medios” (Rockwell, 2002: 109, traducción propia). Hacia finales de los años noventa, la investigadora Sallie Hughes había identificado tres modelos distinguibles de periodismo que coexistían en México: el

‘cívico’, el ‘comercial’ y el ‘autoritario’. El cívico, al que identifica como “la forma predominante de periodismo impreso”, es aquél que funciona “proporcionando un sistema de comunicación bidireccional entre el gobierno y los ciudadanos, actuando como monitor del comportamiento gubernamental y proveyendo información desde distintas perspectivas” (Hughes, 2009: 20). Tal noción está en tono con la función de responsabilidad social de los medios y el llamado modelo liberal de periodismo, sobre el que abundaremos más adelante. Un segundo modelo, el comercial –según la autora más claramente identificable a través de los medios electrónicos y los noticieros de televisión– se intensificó a finales de la década de los noventas y consiste en que los medios estarán regidos no por el servicio público sino por el afán de lucro. Por tanto en este modelo suelen adoptar una narrativa de escándalo, y un estilo tendiente hacia la dramatización y espectacularización de las noticias. Luego tenemos que, contrarios al modelo ‘cívico’, los medios de modelo autoritario continuaban con la unidireccionalidad de la información desde las cúpulas de poder sin ningún tipo de contrastación o contrapeso, es decir, los medios fungían como los voceros del decadente sistema priísta. Dicha tipología observada por Hughes durante los años de transición en mucho reflejan una versión actualizada de las teorías clásicas con que los investigadores en medios dividían a los sistemas de prensa durante la Guerra Fría: la responsabilidad social y el modelo libertario, de los occidentales contra el modelo autoritario y el dictatorial de periodismo de otros países (Siebert, Peterson y Schramm, 1956; Merrill y Nerone, 2002; Becker, 2004).

Es cierto que hoy, casi doce años después de la llegada de Vicente Fox al poder, y a 19 de que en 1993 surgiera el periódico Reforma, que significó para la industria periodística un parteaguas en cuanto a modelo de financiamiento, política editorial y capacitación de periodistas (Cleary, 2003; Hughes, 2003), es posible observar un espectro más diverso y plural de fuentes y actores políticos, un mercado de medios más competitivo y financieramente autónomo, un ejercicio de libertad de expresión más transparente y muchísimo menos castigado de lo que había sido el caso, incluso en la televisión, donde pese a todo siguen imperando los intereses del duopolio televisivo Televisa-TV Azteca. Así pues, nadie podrá negar que la prensa mexicana del siglo XXI provea de amplios espacios para la crítica, el debate, la deliberación, y la inclusión cada vez mayor de la sociedad civil en los temas de discusión pública.

Sin embargo, luego de llevar a cabo una investigación cualitativa basada en entrevistas a profundidad con 90 periodistas de la llamada prensa nacional, sostenemos que en el núcleo de la cultura periodística mexicana, muchos de los principios y prácticas del periodismo que se desarrolló bajo el régimen político autoritario prevalecen, se han readaptado o se han amalgamado con los valores profesionales del llamado periodismo ‘liberal’ o ‘anglosajón’. Es decir, no se trata de un sistema híbrido de modelos de periodismo distinguibles, como hace Hughes, sino más bien unan *cultura periodística híbrida*, que implica la continuidad, en distintos grados y en todos los medios, de las inercias autoritarias de reporte y revestidas con terminología profesional.

NARRATIVA LIBERAL DE CAMBIO: EL MODELO DOMINANTE DE PERIODISMO

Una visión dominante en el análisis de la transformación del periodismo en México es que el cambio se ha narrativizado desde posturas teóricas y teleológicas fundamentadas en el llamado ‘modelo liberal de periodismo’ –también llamado ‘anglosajón’ (Hallin y Mancini, 2004)– que supone que un sistema de medios independiente de cualquier posible interferencia o regulación del estado podrá garantizar su papel de vigilante del Estado y ejercer libremente la crítica y la libertad de expresión. Los valores periodísticos en este modelo liberal, por tanto, estarían en teoría encaminados a fomentar el debate plural para evitar sesgos: objetividad, factualidad, distanciamiento editorial e imparcialidad (Kovach and Rosenstiel, 2001). De la misma forma, en esta narrativa dominante sobre cambio, se asume que al liberarse del yugo y control del Estado (o determinados segmentos de poder político), el periodismo se vuelve un contrapeso efectivo del Estado. Es decir, el Estado es el oponente por naturaleza de los medios, quienes son víctimas de su represión o censura, o cómplices bajo amenaza de los regímenes autoritarios. Así pues, para poder cumplir con su labor de vigilante neutral y distanciado, la cultura periodística de los medios liberales pone un mayor énfasis en información y narración que en interpretación o comentario (Hallin y Giles, 2005: 8).

Varios autores han documentado cómo valores tales como la objetividad y la factualidad fueron no sólo elementos constitutivos del periodismo en tanto profesión, sino rasgos históricamente esenciales para la rentabilidad del periodismo en contextos específicos, tales como Estados Unidos (Mindich, 1998; Schudson, 2001, 2008). Incluso, el sociólogo Jean Chalaby sostiene que el periodismo es esencialmente un invento anglosajón del siglo XIX (1996, 1998). Sin embargo, el modelo liberal y muchos de sus valores continúan funcionando como el modelo normativo¹ que cementa la ‘ideología consensual’ (Deuze, 2005) y los ‘marcos profesionales e identidades’ (Tumber, 2004) de los periodistas en todo el mundo. Así pues, las críticas al modelo liberal han apuntado no sólo a su etnocentrismo y universalización (Curran y Myung-Jin Park, 2000: 3), sino a su falta de vigilancia a los poderes fácticos, los conglomerados y a dar por sentado el interés público de los medios aun cuando obedecen a intereses privados, y en muchos casos, también al estado (Schiller, 1981; Herman y Chomsky, 1988; McChesney, 1999; Curran, 2002). En oposición, otras tradiciones como el periodismo militante de Italia (Mancini, 2000) o el modelo periodístico interpretativo-opinativo francés², por ejemplo, han sido subestimadas como estándar profesional o dejado sin suficiente teorización o justificación epistemológica.

1 Ver, por ejemplo, las encuestas mundiales de periodistas en todo el mundo que, aunque con matices, (Weaver, 1998; 2008)

2 Para diferencias entre los rasgos, valores profesionales, desarrollo histórico y diferencia de cobertura entre el periodismo anglosajón y el francés, ver Chalaby 1998; Palmer, 2001; Hallin and Mancini, 2004; Benson and Hallin, 2007; Boudana, 2010.

Un gran sector de la comunidad académica y de centros de adiestramiento y capacitación para periodistas en países en transición democrática³ asumen que los medios libres (del Estado) son intrínsecamente democráticos, responsables, que velan por el interés público y están comprometidos con los contenidos de calidad. En respuesta, para el caso mexicano, sostenemos que el tipo de narrativas sobre transformación y progreso basadas en el análisis de reformas políticas y apertura económica, y en general, de 'liberalización' del ambiente como agente fundamental de cambio positivo, además de ser lineales y maniqueas, suelen sobreestimar el grado de transformación del periodismo y transfieren las narrativas liberales sobre cambio, democratización y modernización a contextos políticos más complejos, cuyas características de modelo comercial de medios cobijado por el Estado no necesariamente se explican a la luz del modelo liberal de periodismo, y ni siquiera totalmente a través de su opuesto, el modelo autoritario, como reconoce Daniel Hallin (2000), sino que es mucho más complejo y supone una lectura más refinada de los elementos en juego. Algunas dicotomías entre lo que se entiende por 'libertad' y 'control', profesional y no-profesional, o 'autoritario' y 'cívico' (para usar la terminología de Hughes) que han utilizado muchos autores para explicar la transformación (o los obstáculos para ella) de medios en sociedades en transición ya sea que 1) no exploran suficientemente estados de ambigüedad o de contradicción, 2) dan por sentada la trasplatación de los valores y bondades del periodismo liberal a contextos post-autoritarios (Pinto, 2009), ignoran el complejo sistema de interacciones entre los periodistas y sus fuentes, sus anunciantes, su división del trabajo, 4) o bien tienden a subestimar la variable de la cultura en tanto expresión colectiva de consenso ocupacional y 'adaptación creativa' (Albuquerque, 2005). En todo caso, cuando se refieren a 'cultura periodística', usualmente la observan como el factor externo que incide o impide que el periodismo liberal termine de adoptarse⁴, no como la nodriza del periodismo que si bien moldeada por factores organizacionales y extra-organizacionales, alimenta y da origen a la forma en cómo el periodismo es entendido, visualizado, y ejercido, como proponemos que sea.

PARA ENTENDER AL PERIODISMO DESDE SU CULTURA

Como iremos detallando, al analizar la cultura periodística mexicana, observamos cómo en el seno de los aparentes cambios y transformaciones más de una década después de la alternancia política, existen en el ejercicio cotidiano del periodismo valores profesionales en constante tensión con la praxis, estructuras de poder que se han reacomodado

3 Por ejemplo, la investigadora Epp Lauk (2009) ha documentado cómo después de la Caída del Comunismo, en muchos países post-soviéticos y de Europa Oriental fracasaron muchos de los esfuerzos de centros de capacitación financiados por Estados organizaciones estadounidenses para "implantar" valores y principios periodísticos "occidentales" en las salas de redacción, pues se asumía que los nuevos medios asumirían de facto la ruta del modelo liberal de periodismo.

4 Ver por ejemplo, el reporte de Steyn and De Beer (2004) en el que dan cuenta cómo las pobres habilidades periodísticas de los periodistas sudafricanos impedían su capacitación, o los de Shafer y Freedman (2003) o Kenny y Gross (2008) que dan cuenta cómo las costumbres autoritarias soviéticas hacen difícil la adopción de los valores y principios del modelo occidental.

al nuevo escenario político partidista, y prácticas periodísticas dictadas desde el hábito y la pasividad que en gran medida contradicen el espíritu del periodista ‘cívico’, ‘asertivo’ que Hughes observaba al inicio del milenio y el periodismo libre que Lawson vaticinaba como el estándar del futuro. Proponemos, pues, que para examinar el grado y dirección de la aparente transformación en el periodismo mexicano es crucial que lo hagamos no sólo desde las lecturas tradicionales sobre sistemas de propiedad de los medios, o variables sociopolíticas, sino desde una mirada a la subjetividad del periodista y su cultura de hacer periodismo, es decir, a la forma en cómo se han integrado elementos individuales, organizacionales y ocupacionales así como las fuerzas históricas, políticas y económicas que los cohesionan. Creemos que es el concepto de cultura periodística, y no el de sistema de medios, el que nos permite una mejor comprensión de los procesos de cambio y continuidad en la prensa mexicana. El concepto es lo suficientemente elástico para permitir un análisis más refinado de la construcción de significado por parte de los periodistas sobre sus funciones en la sociedad, al tiempo que nos permite entender los procesos de relaciones y formas de operación de las condiciones estructurales de los medios.

La comunidad académica ha definido los elementos constitutivos en la cultura de hacer periodismo de varias formas. Mark Deuze (2005) por ejemplo, considera que hay rasgos universales de ideología ocupacional entre trabajadores de las noticias. Algunos le llaman ‘cultura de producción de noticias’ (Schudson, 2001), otros ‘*news culture*’ o cultura noticiosa (Allan, 1999), y otros más ‘imaginación profesional’ (Kunelius y Ruusunen, 2009). Aunque sin mencionar el concepto como tal, algunos autores distinguen la cultura periodística como “el conjunto de fórmulas, prácticas, valores normativos y mitología periodística que pasa de generación en generación de periodistas (Harrison, 2000: 108, traducción propia), o como “el nebuloso complejo d tradiciones, psicología social, y hábitos domésticos que condicionan la unidad de las personas y los hace diferentes a otros” (De Burgh, 2003: 174) o bien como el capital cultural compartido por los periodistas en tanto que “comunidades de interpretación” (Zelizer, 1993). Aun cuando suscribimos todas estas concepciones, es la del investigador Thomas Hanitzsch la más relevante para nuestro caso, al ser uno de los primeros en usar el término ‘cultura periodística’ como una dimensión epistemológica y observable, algo “más que una ideología profesional”. Él la entiende como “la arena en que una diversidad de ideologías profesionales están en constante lucha y resistencia contra las interpretaciones dominantes sobre la función social del periodismo y su identidad” (2007: 370, traducción propia).

Tan sólo desde la trinchera de los estudios culturales latinoamericanos, Néstor García Canclini ha propuesto el término ‘hibridación’ como la forma de entender la heterogeneidad cultural para explicar los poderes oblicuos en el que se mezclan instituciones liberales con hábitos autoritarios (García Canclini, 1989). Aunque su influyente análisis se refiere únicamente a manifestaciones estéticas y artísticas, su concepción de hibridación nos ayuda a entender esa amalgamación de prácticas y hábitos ‘tradicionales’ aún en la ‘modernidad’ que supone la adopción del modelo liberal de periodismo y la competitividad comercial.

De tal forma, proponemos que la cultura periodística mexicana puede observarse y hacerse visible en la interrelación de al menos cinco dimensiones: 1) *historia de desarrollo periodístico*, 2) *identidades y sistemas de valores profesionales de los periodistas*, 3) *prácticas de*

reporteo y e interacciones con sus fuentes y otros actores políticos 4) condiciones de autonomía profesional y financiera, libertad y censura. 5) La interacción de las anteriores durante manejo de crisis y conflicto político. El análisis de la cultura periodística mexicana nos ha permitido, pues, observar el desarrollo híbrido de la cultura periodística y la ambigüedad en la forma de entenderlo. Por razones de espacio, en esta ponencia solo nos abocaremos a mencionar las contradicciones insertas en la concepción de identidades profesionales y valores de los periodistas, y la forma en cómo éstas se manifiestan en sus prácticas de reporteo.

DESARROLLO HISTÓRICO DEL PERIODISMO MEXICANO

Es posible identificar distintas (pero no excluyentes) etapas de desarrollo del periodismo mexicano en tanto actividad intelectual, propagandística, industrial o profesional. Diversos elementos de tradiciones europeas de periodismo, tales como la expresión literaria, el énfasis en la opinión y comentario por parte de intelectuales y escritores, la militancia expresa de los medios o el instrumento de información oficial han sido visibles durante los últimos dos siglos, como también lo ha sido la consolidación de la 'ideología profesional' del modelo liberal basado en valores como la objetividad o factualidad, que sin duda ganaron terreno en las últimas tres décadas. Así pues, elementos existentes en los modelos de periodismo europeos y norteamericanos se fueron mezclando en el propio contexto del naciente Estado mexicano decimonónico. Es frecuente leer cómo la historia del periodismo en países como Estados Unidos o Gran Bretaña atravesó por etapas tempranas de militancia durante conflictos bélicos y políticos, en los que echó mano de diversos géneros literarios para expresar crítica y disenso, para posteriormente, durante el siglo XIX, entrar en un proceso de industrialización y masificación de la prensa, inserta en un contexto político que desactivó la necesidad del periodismo partidista y lo suplantó con un tipo periodismo sensacionalista y de entretenimiento mucho más redituable y popular, que concebía a las noticias como mercancía, o con uno que veía al periodismo como una profesión autónoma provista de sus propios lenguajes, estándares, procedimientos, técnicas y géneros —como la pirámide invertida o la entrevista— en parte impulsados por el surgimiento de agencias internacionales o el telégrafo (Ver Allan, 1997; Schudson y Tift 2005).

De la misma forma, por casi un siglo durante el México post-independiente el periodismo fungió como canal, instrumento y motor de la movilización y legitimación ideológica de distintas facciones internas en las múltiples guerras libradas a lo largo del siglo XIX, empezando por la guerra de Independencia (Secanella, 1982). La agitación e inestabilidad política que le siguió no sólo nutrieron las páginas de los diarios con las posturas, opiniones y comentarios desde la perspectiva subjetiva de los distintos actores en conflicto, sino que eran o los propios intelectuales y escritores de la época quienes se adueñaban de periódicos para manifestar posturas políticas, oponerse al autoritarismo y la re-elección (Gantús, 2004; Pérez Rayón, 2005) o los políticos los compraban para el mismo fin, pero también fue un tipo de periodismo que engendró a los más ilustres escritores, poetas y filósofos que haya tenido el país hasta ese momento (Lombardo García, 2002).

Durante gran parte del siglo XIX, el periodismo mexicano atravesó extensos periodos de libertad absoluta, seguido por otros de aguda represión y censura (como la sufrida por periodistas durante la dictadura de Porfirio Díaz a fines de siglo), dependiendo de la fortaleza y liderazgo de quien se encontrar en el poder en ese momento. El fin del siglo vio florecer una incipiente industria de diarios que nunca alcanzó el auge que sus contrapartes anglosajones, pero que perseguía fines de lucro e inauguró un estilo contrario al de la actividad intelectual que prevalecía hasta el momento, buscando para ello imitar el modelo de objetividad anglosajón, aun cuando esta incipiente profesionalización nunca implicó el remplazo o la desaparición de la prensa militante o partidaria (Bonilla, 2002). José Carreño Carlón sostiene que ni el modelo de entretenimiento ni el periodismo como información ni el de la objetividad que marcó en Estados Unidos la consolidación del periodismo moderno, se impuso plenamente en México (Carreño Carlón, 2000; Del Castillo Troncoso, 2005; Del Palacio, 2006). Por el contrario, hasta bien entrado el siglo XX, los diversos títulos que iban surgiendo de acuerdo al compás que marcara la coyuntura política del momento fueron los canales de batallas ideológicas por excelencia, tal y como lo habían sido un siglo antes. Fue en los diarios donde se gestó e impulsó el levantamiento en armas contra la dictadura y la revolución mexicana (García Diego 1995; Gantús, 2007). Si bien la prensa fungió a lo largo de un sitio como el instrumento de crítica, también lo fue para que los gobiernos en turno impusieran y legitimaran sus políticas de estado.

Con la conclusión de la gesta bélica y la institucionalización del partido de Estado a finales de los años veinte, la prensa y las industrias de radio y televisión comienzan a consolidarse en las próximas décadas y a imitar el modelo comercial y narrativo de la prensa estadounidense. Paralelamente a la consolidación del llamado 'presidencialismo' en tanto rasgo fundamental del sistema político mexicano, la prensa gradualmente se acomoda al poder y no como el vigilante del Estado: le sirve de bastión de apoyo. El Estado y su gruesa burocracia no sólo fungen como principal proveedor y fuente de información de los medios, sino también de publicidad y de financiamiento. Los medios mexicanos están irremediabilmente embonados a la enorme maquinaria priísta y a la estructura financiera y política del régimen, aun cuando oficialmente el gobierno pregona libertades y los periodistas proclaman poseer autonomía editorial (Martínez, 2005), aunque editores y gobernantes se fotografían juntos, asisten a eventos, y arreglan tratos bajo la mesa (Scherer y Monsiváis, 2003; Rodríguez Munguía, 2007). Es entre 1940 y 1970 cuando justo en la cúspide del autoritarismo y la cobertura congratulatoria de las actividades del presidente por un lado, y numerosos casos de censura para los osados y la supresión voluntaria de las noticias de voces críticas por otro, surge un cuadro de periodistas cuyos talentos narrativos y literarios, los coloca como herederos de sus predecesores decimonónicos y como los decanos y maestros de la nueva generación. Empieza a perfilarse una clara distinción jerárquica entre los reporteros de calle que van escalando peldaños en la redacción y recogen el discurso político del presidente y su gabinete, y los periodistas privilegiados (en su mayoría columnistas, editores o reporteros presidenciales) que publican reportajes y crónicas destacadas, que buscan exclusivas y ángulos novedosos, y que tienen más permisibilidad para ejercer la crítica de manera sutil, por lo menos a las capas medias e inferiores del sistema, pero que también gozan de privilegios o cercanía con el poder que no siempre

admiten públicamente (Martínez, 2005). El resto de los periodistas seguía mostrando una perspectiva pasiva hacia el periodismo, fungiendo como simples transcritores y recolectores de declaraciones en el que concepto ‘conflicto de interés’ no existía ni en la teoría ni en la práctica (Riva Palacio, 1998), ya no digamos el de autonomía profesional, elemento fundamental que define a las profesiones.

Así tenemos que la utilización de diarios y tribunas para denostar a enemigos políticos fue parte de la herencia del siglo XIX y continúa durante el régimen priísta, y en muchos casos, la entrevista como género y la declaración política como la materia prima en la que descansaba el aparato informativo durante el régimen priísta. Son la masacre de Tlatelolco en 1968, y la llegada del periodista Julio Scherer a la dirección de *Excélsior* los eventos que constituyen un parteaguas en la historia del periodismo contemporáneo. Scherer era visto con recelo por colegas, subordinados y principalmente por el gobierno de Luis Echeverría, quien orquestó el ‘golpe’ para destituirlo de su cargo de director en 1976, tras lo cual él y sus colaboradores fundaron el semanario de investigación ‘Proceso’, quien continuó la línea de crítica y abierta oposición a los gobiernos de Echeverría y López Portillo, a su vez también organizando un boicot publicitario contra ‘Proceso’ (Scherer, 1986). Para muchos, este evento supone el inicio de la apertura de los medios con el surgimiento de otros títulos como ‘La Jornada’, ‘Uno Más Uno’ o ‘El Financiero’, así como algunos noticiarios de radio que inicialmente surgieron como espacio de crítica y debate para intentar contrarrestar la ola de información oficial y complaciente de Televisa, la entonces única y ya poderosa televisora mexicana que se había desarrollado con capital privado pero abierto impulso gubernamental (Sosa Plata y Esquive, 1997; Lawson, 2002). Estos medios sin duda comenzaron a abrir los espacios para contrarrestar la cobertura oficial, especialmente durante episodios clave como la crisis económica, el terremoto que azotó a la ciudad de México en 1985, o el fraude electoral de 1988. Posteriormente, la liberalización económica de los noventas, especialmente con la firma del Tratado de Libre Comercio, implicó no sólo la profesionalización –en términos de capacitación, educación universitaria y adopción de los valores liberales del periodismo– de los periodistas que habían venido siendo simples depositarios y transmisores del discurso político, sino la obligación de los últimos gobiernos priístas de transparentar sus relaciones con la prensa. Tanto la subvención gubernamental al papel como de la entrega de pagos a periodistas o la solventación de sus gastos durante las giras presidenciales se suspendieron, pero el sistema de concesión de licencias de radio y televisión a un puñado de familias continúa intacto, como desde hace cincuenta años, lo mismo que la discrecionalidad de criterios para asignar publicidad gubernamental oficial y disfrazada como ‘gacetilla’ o ‘infomercial’ a ciertos medios (Fuentes Beráin, 2002).

De tal forma, en el periodismo mexicano, la proximidad e influencia de los Estados Unidos se manifiesta en la forma en como se desarrollaron las industrias de radio y televisión, y en la tímida adopción de sus valores periodísticos. En tanto, en sus orígenes y práctica, la prensa escrita mexicana se pareció más a la europea, que históricamente incorporó elementos de literatura, militancia y opinión. Sostenemos pues, que la cultura de hacer periodismo que emergió de la hibridación de tradiciones periodísticas a lo largo de su historia, no sólo ha mutado y adaptado al nuevo escenario político-social del siglo XXI, sino que permea las formas en que los periodistas asumen y ejercen su ocupación,

en las formas de organizar y repartir el trabajo, en las identidades profesionales y en las prácticas reporteriles que analizaremos a continuación, luego de entrevistar a 90 periodistas⁵ entre agosto y octubre de 2007.

IDENTIDADES PROFESIONALES: VALORES Y PRINCIPIOS

En su análisis sobre transformación del periodismo, Sallie Hughes (2003, 2009) asegura que uno de los factores determinantes para la consolidación del periodismo cívico es que tomó, primero, el control de las salas de redacción, “un primer núcleo de agentes del cambio en las redacciones transformó su identidad profesional siguiendo valores políticos disidentes” (2009: 145) y que luego se propagó a varios medios nacionales. Estos ‘pioneros’ habrían tenido educación en el extranjero y traído consigo importantes esquemas para el periodismo crítico, vigilante y de investigación que generó los primeros grandes reportajes que en los años noventas, como nunca, desvelaron casos de corrupción y abuso de poder. Considera entonces que los periodistas se volvieron pro-activos y asertivos en su abordaje al periodismo, al empezar a escuchar e informar sobre las voces de la sociedad civil y a los actores disidentes y críticos al sistema.

En efecto, las poquísimas encuestas que han podido obtenerse de los periodistas mexicanos revelan un cambio cualitativo. Durante la cúspide del sistema autoritario, los periodistas carecían de habilidades para obtener información, actuaban como simples transmisores de declaraciones, tenían escasa capacitación y entrenamiento, gozaban de pobres condiciones laborales, eran propensos a aceptar sobornos, se habían formado ‘dentro’ del medio y no tenían educación universitaria (Baldivia, Planet, Solís y Guerra, 1981). Para mediados de los noventa, los periodistas mexicanos empiezan a manifestar una conexión más clara con los valores liberales de periodismo, especialmente con el papel de vigilante y monitor del poder político (Wilke, 1998). Sin embargo, es hasta el 2009, tras conocerse los resultados de un estudio comparativo de 22 países encabezado por Thomas Hanitzsch, que algunas inconsistencias empiezan a emerger (Hanitzsch, 2009; Mellado Ruiz, 2010). La última encuesta revela que los periodistas mexicanos retóricamente se han adherido, incluso al mismo o mayor nivel que sus contrapartes estadounidenses y de otros países de tradición liberal, al rol principal de ‘Proveer a los ciudadanos con información para actuar políticamente’ y ‘actuar como vigilante del gobierno’, así como ‘ser un observador absolutamente distanciado’ que evita intervenir en el contenido de su información. Hasta ahí, ambos son consistentes con el modelo liberal de vigilante (*watchdog*), de objetividad y de factualidad, o bien con lo que David Weaver llama en sus influyentes encuestas ‘rol adversario’ y ‘diseminador de noticias’. Pero paradójicamente, al mismo tiempo también fueron los periodistas mexicanos quienes en

5 De la muestra, 45 entrevistados laboraban en medios impresos y 45 en medios electrónicos. La muestra incluyó 49 reporteros, 27 directores editoriales, jefes de redacción, información, editores o productores, 6 conductores de radio, 3 columnistas y el resto redactores o sub-editores. Entrevistados a periodistas de 21 medios nacionales (7 estaciones de radio, 10 diarios, una agencia de noticias y tres semanarios, todos con sede en la Ciudad de México).

mayor medida se manifestaron por ser agentes de cambio y por establecer activamente una agenda y apoyar a los gobiernos en la implementación de políticas públicas. Hay varios aspectos a destacar de esta encuesta en las que no nos podemos detener, pero sólo recalquemos que las funciones ‘establecer la agenda’ e ‘influir en la opinión pública’ obtuvieron mayor puntaje entre periodistas mexicanos que entre los propios españoles, quien según algunas categorizaciones (por ejemplo la de Hallin y Mancini, 2004), tendrían una cultura periodística altamente opinativa. Hemos seleccionado una pequeña muestra de países participantes en la encuesta que comparten con México algunas características culturales o geográficas (Ver Tabla 1).

En la tipología de David Weaver, los roles de ‘movilizador social’ se muestran como opuestos a los diseminador’ o ‘vigilante’ porque suponen un alto grado de intervención editorial del periodista en el contenido, y no el distanciamiento editorial y postura altamente descriptiva que implica el periodismo en el modelo liberal. Encontramos que los periodistas mexicanos dieron ‘sí’ a las respuestas que les parecieron apropiadas para definir si trabajo en formas que no implican contradicción o ambigüedad alguna. Podemos inferir que los periodistas mexicanos simultáneamente apoyan con casi igual prioridad las funciones de diseminar, colaborar y movilizar.

TABLA 1. *Roles Institucionales de los periodistas*

Papel del periodismo	México	EEUU	España	Rusia	China	Brasil	Mundo
	Media ^a	Mean ^a	Media ^a	Media ^a	Media ^a	Media ^a	Media ^a
Ser un observador absolutamente distanciado	4.48	4.42	4.32	3.95	4.16	4.42	4.22
Actuar como vigilante del gobierno	3.90	4.39	3.71	3.56	4.21	4.45	4.05
Proveer a los ciudadanos con información para actuar políticamente	4.49	4.58	4.05	3.99	4.11	4.81	4.38
Concentrarse en noticias que atraigan el mayor público	3.39	3.05	3.12	3.61	3.91	2.74	3.37
Establecer la agenda política	3.20	2.07	2.28	3.24	3.21	2.65	2.94
Influir en la opinión pública	3.55	2.41	2.77	3.62	3.87	2.59	3.23
Apoyar las políticas de estado que atraigan desarrollo y prosperidad	3.11	1.74	2.77	2.66	3.73	3.17	2.70
Apoyar el cambio social	3.89	2.50	3.16	3.03	3.71	3.49	3.37
Motivar a la población para actuar en debates políticos	4.16	3.46	3.60	3.37	3.36	3.74	3.76

Datos extraídos del estudio ‘Worlds of Journalism’ (Hanitzsch, 2009)

¿Cuáles son las implicaciones de esta simultaneidad de ideologías profesionales o por qué la problematizamos? Sostenemos que el modelo diseminativo de periodismo, es decir, el liberal que hemos venido interrogando, se amalgamó de tal forma con los hábitos autoritarios de recolección de información que ya existían que la simple función de transmisión de información continúa siendo dominante pero se ha quedado corta para enfrentar los retos que el contexto mexicano –impregnado de polarización social, constitución de esferas públicas virtuales alternativas, multiplicación de canales alternativos y creciente violencia– está demandando, y que rebasa en mucho las necesidades de apertura, pluralidad política y crítica que tenía la sociedad mexicana hace 15 años, las cuáles, como documentan Hughes y Lawson, ya fueron alcanzadas. Pero vayamos por partes. Aunque la muestra en esta importante encuesta no fue suficientemente representativa (100 casos por país), nos da pistas cuantitativas que pudieran confirmarnos la existencia de diversas ideologías profesionales que o están en conflicto o se han amalgamado, como hemos venido sosteniendo y hemos de comentar a mayor detalle. Antes de publicarse esta encuesta, nuestro propio estudio ya había encontrado estas tensiones o contradicciones a través de las entrevistas a profundidad con 90 periodistas de radio y prensa escrita.

Al analizar, a través de sus testimonios, parte de los rasgos de la cultura organizacional que los periodistas valoran como importante, así como los roles y valores profesionales a los que se adhieren, encontramos que la mayoría de los reporteros se ve a sí mismo(a) como agente de cambio generacional, como graduados de licenciatura con mucho mayores herramientas que la de su generación antecesora, aquella que recibía prebendas y sobornos y que se habían capacitado sobre la marcha sin educación alguna y sobre la que recaen muchos señalamientos y reproches. Al elegir definirse como parte de una ocupación consensual, una imagen muy clara emergió en apoyo a los valores liberales/anglosajones del periodismo: en concordancia con el rol de vigilante (o *watch-dog*) los periodistas mexicanos entrevistados reiterada y enfáticamente manifestaron que su trabajo consiste en contrarrestar los poderes políticos, servir de contrapeso al Estado, escudriñar la gestión de los gobernantes y por tanto, servir a los intereses de los ciudadanos. Las siguientes citas de estos reporteros resumirían la adherencia al modelo liberal:

Yo creo que los medios tenemos que plantearnos ser críticos del poder, y ser críticos del poder no sólo del poder del presidente o del Secretario de Gobernación, sino del que se genera en cualquier espacio, del dirigente de taxistas, de los billetteros, debemos ser críticos del poder. **Reportero 2, Periódico 'H'**

Mi trabajo consiste en obtener información de diversas fuentes de información para redactarlas con un enfoque periodístico [...] para orientar a la opinión pública de modo que tome sus decisiones que afecten a su vida cotidiana y su relación con los demás, principalmente con los poderes públicos. [Somos] un vehículo entre el Estado mexicano, la sociedad y los actores políticos. **Reportero político 1, Periódico 'B'**

También manifestaron que su trabajo consiste en aprender a sortear los obstáculos para llegar a la verdad, para informar sin sesgos o prejuicios, y para proveer información

relevante y oportuna. Su elección de vocabulario para definir su ocupación, tal como ‘veracidad’, ‘inmediatez’, ‘oportunidad’, también refuerzan los esquemas normativos del modelo liberal de periodismo. Sin embargo, hemos encontrado que pese a que retóricamente los periodistas mexicanos encuentran adjetivos que definen su profesión con facilidad, la definición última de cuál es el papel del periodismo en la sociedad: si informar, explicar, analizar, denunciar o fomentar el cambio, tuvieron menos claridad cuando describían su trabajo diario o las notas que cubrieron. Una encuesta entre periodistas locales en Salamanca (Merayo Pérez, 2005), encontró que el que los periodistas se definen como transmisores de la realidad no significa que también asuman el rol de vigilantes del gobierno, sino que de hecho, lo asumen para evitar ese papel. Nuestro estudio revela que los periodistas han aprendido a interiorizar el papel de estenógrafos del poder público y el distanciamiento editorial como un trabajo que no requiere, esencialmente, la intervención del reportero en la verificación y contrastación de la información, como supondría el papel de vigilante que dicen adoptar.

Los medios de comunicación existimos porque el funcionario no puede ir a informar a cada una de las personas que es lo que está haciendo o que es lo que recomienda que se haga, como no puede hacer eso utiliza los medios de comunicación [así que] nosotros lo único que tenemos que hacer es decir: ‘el funcionario dijo esto; yo lo escuché’, pero a través de mí lo van a escuchar cincuenta, cien, 500 mil personas. **Reportera política 2, Radio ‘N’.**

Mi objetividad es: yo fui a una conferencia, estoy pasando lo que dijo él, y ya. Sin prejuizar, sin decir “bueno, pues vamos a ver si pueden porque parece como que no es muy talentoso”. Ya le estás diciendo a la gente “este funcionario es muy tonto”. O sea tú no tienes que influir, tú tienes que pasar tu nota, así limpiecita, normal. **Reportero 5, Radio ‘L’**

Así pues, valores como la objetividad o la factualidad son interpretados no como la narración detallada de una nota con base en hechos verificables, sino como la transcripción pura de declaraciones políticas y por tanto, como una actividad en la que los periodistas se convierten en simples vehículos de transmisión para las élites políticas. La actividad de ‘transcripción’ le aleja, por tanto, de la función última de servicio a la sociedad y le confiere el papel de simple caja de resonancia. Sirve a los valores de la objetividad y el distanciamiento editorial en tanto que transmite fielmente el discurso político, pero le aleja de los papeles que ellos mismos se trazan de establecer la agenda y promover el cambio.

Más allá de dar una nota como tal, plana, puedes ponerle como que un plus. No vas a tener una opinión uniforme, pero sí es bueno comentar, de no quedarte callado, a lo mejor puedes hacer una nota muy simple de ‘señaló-dijo-comentó en tal lado y a tal hora’. Pero si tus ojos vieron algo que a la mejor le sirven a la gente para darle un elemento, ahí entra la opinión y yo creo que es válido hacer uso de la opinión, responsablemente, a lo mejor a veces lo hacen irresponsables. **Reportero 2, Radio ‘P’**

A veces tú quieres hacer un análisis de esa nota, de por qué están pasando las cosas, obviamente haciendo la clásica nota del dónde, cuándo, cómo, etcétera. Tú quieres explicar y analizar por qué están pasando las cosas, pero el medio no te lo permite, te dice. 'No, no, no, eso es editorializar. Tú no eres editorialista. Tú tráeme la nota dura: el qué, cómo, cuándo'. De repente el medio te limita.
Reportero 1, Diario 'D'

Por ello, aunque hay un consenso evidente de que su obligación última es la de informar al público, la cuestión del 'cómo' y qué tanto salirse del canon de la objetividad se mantiene problemática y difícil, especialmente entre aquellos periodistas cuyas funciones están definidas (y extremadamente limitadas) por la posición que ocupan en la jerarquía organizacional e institucional: si son conductores, redactores o reporteros, y la fuente informativa que cubren. Aunque, tal y como lo documentó Sallie Hughes en su estudio previo, los periodistas mexicanos han asimilado que la interpelación y las preguntas críticas no sólo son conductas válidas, sino esperadas en el contexto actual, muchos de ellos sienten que sin la autoridad para comentar y analizar a profundidad o el estrecho margen de maniobra con que cuentan para proveer a sus notas con contexto y reflexión, su invaluable capital y conocimiento se desperdicia.

Los presentadores de radio, sin embargo, parecen llenar este vacío de interpretación al ser los responsables de fungir como modeladores de la opinión pública, claramente visualizando su rol en la sociedad en el tenor en que lo hacían sus antecesores los intelectuales del siglo XIX y el papel que otrora desempeñara un reducido número de influyentes columnistas de diario que, durante el régimen político, eran los únicos capaces de desentrañar y descifrar el lenguaje político.

Nosotros los informadores, yo me asumo, ¿no? claro que ojalá lo logre algún día, debemos pensar cuando hacemos nuestro trabajo, en que somos un poco, sin querer, maestros, ¿no? somos guías, somos maestros de escuela, que le traemos a la gente la información que consideramos relevante con base a nuestra experiencia, con base al interés –hay forma de mediarlo– y llevamos a la gente a que analice la información. **Conductor de Radio y TV, N2**

Para sus subordinados, sin embargo, y para sus colegas de medios impresos, estos conductores de radio con frecuencia no interpretan o analizan, sino simplemente opinan, y adoptan posturas que, sin ser admitidas como tales, pueden ser claramente identificadas con posturas políticas específicas, que en muchos de los casos, adoptan un tono crítico e iconoclasta para debilitar a ciertos sectores y no a otros. En tanto que las estrategias comerciales de los medios informativos en un mercado cada vez más competitivo y audiencias más pulverizadas obligan a dirigirse a nichos específicos, los conductores de radio se han convertido en los canales de expresión de segmentos partidistas diversos, o bien, críticos de todos, y ya no sólo del partido único de antaño. Un segmento de periodistas sienten que tal partidismo es necesario en el contexto de pluralidad y madurez que se requiere para el debate político. Al mismo tiempo, otro segmento percibe la libertad con la que emiten opiniones como una vulneración a los cánones de imparcialidad y objetividad a los que les obliga su ocupación y a los que discursivamente se adhieren.

De cualquier forma, el derecho a la militancia y al partidismo, incluso si está disfrazada, pareciera ser el privilegio únicamente conferido a los comentaristas de radio y editoriales. Los reporteros que se auto-llaman ‘de a pie’ los que estuvieron “atestiguando los hechos” u “oliendo las calles en busca de la noticia”, deben, como dijimos, limitarse a la transcripción acrítica.

Por tanto, argumentamos que las transformaciones en los roles, valores profesionales, prácticas, principios y procesos del periodismo, así como su posición respecto de otros actores están imbuidos de patrones de ambigüedad. La manera en como los periodistas valoran e interpretan su papel en la sociedad y asumen cierto tipo de valores, tales como objetividad o imparcialidad, revela más que una adopción del modelo anglosajón, una adaptación de los mismos a su realidad inmediata. A pesar de que los periodistas mexicanos sí se adhieren, al menos de manera retórica, a los valores liberales del periodismo y por tanto, al modelo anglosajón, encontramos una clara tensión entre estos ideales y los múltiples retos que enfrentan día con día, así como por la multiplicidad de micro-procesos de interacción organizacionales y meta-organizacionales en los que está insertado el periodismo.

PRÁCTICAS DE REPORTERO: LA PASIVIDAD EN LA CULTURA PERIODÍSTICA CONTINÚA

Los análisis de los estudiosos de la transformación de los medios en México usualmente ha omitido una observación más fina de las prácticas de reporte y de relación con sus colegas. El periodista debe asumirse no sólo como individuo con su propia carga de valores y principios (pragmáticos o teóricos), sino también como una entidad profesional colectiva en el que se desempeña en conjunto con sus colegas y competidores en una fuente informativa específica en la que los proveedores de información y sujetos noticiosos son fundamentales. Es decir, los factores que impactan el trabajo periodístico y que influyen en la agenda decididamente trascienden el ámbito de los valores individuales y de sus propias organizaciones y se extienden a otros donde no necesariamente se puede observar la transformación del llamado ‘periodismo cívico’.

La cultura periodística mexicana, se caracteriza pues, como en muchos otros países del mundo, democráticos o no, por las rutinas diarias y narrativización de la noticia que, tal y como ocurría durante el régimen autoritario, continúan reportando, observando, criticando y por tanto, privilegiando los “sitios de poder donde se concentran en las élites” (Davis: 2007: 74). Desde la logística de asignación de fuentes y repartición del trabajo informativo, a los procedimientos de recolección de información en fuentes en que se genera un volumen importante de información como el Congreso o la Presidencia, las rutinas de información están designadas para maximizar la visibilidad de las élites políticas o actores en ejercicio de poder, y no necesariamente para vigilarlas o cuestionarlas (como ya dijimos), y por extensión, para minimizar la intervención editorial del reportero en su propio contenido.

Mi trabajo es esencialmente interactuar con los políticos del país, preguntarles cosas, hacerlos rabiar a veces, hacerlos enojar a veces para que ellos te puedan dar una nota o te puedan dar una noticia que sea de interés común. **Reportera Política 2, Radio 'K'**

Yo creo que en México hay una mezcla, no encontramos bien el periodismo que queremos hacer, de repente el propio ritmo de cada medio de comunicación lo lleva a dejar esa objetividad a un lado, y a veces a hacer un periodismo de reacción, es decir, buscar la reacción del funcionario, buscar lo que está ocurriendo en el momento y se deja un poco la investigación. **Jefe de Redacción, Radio 'P'**

El producto de esta metodología de procesamiento de información es llamado, entre los propios periodistas, 'periodismo declarativo', y el ambiente que lo genera es conocido como 'diarismo'. Se trata de un sistema de hábitos y prácticas predominante en la cultura periodística mexicana en el que buscan y anticipan declaraciones para luego continuar con las reacciones de la contraparte y alimentar el círculo informativo hasta que se desvanece. En tanto acciones discursivas, las declaraciones políticas se sostienen a sí mismas como noticia, aun cuando fueron maquinadas con anticipación. En este escenario, el acto periodístico de investigación y verificación de información, como supondrían los roles de movilización social o de establecimiento de la agenda, y no digamos el de vigilante del estado, se perfila como empresa difícil, pues el servicio público y la inclusión de la sociedad civil, que supone la tesis de la transformación del periodismo autoritario al cívico, no se da.

Muchas veces las declaraciones no son más que expresiones de unos para atacar a otros y de otros para defenderse de los unos, es decir, es un metalenguaje en donde los grandes grupos de poder se están comunicando, batallando, peleando, utilizando a los medios de comunicación, los reporteros, ya la sociedad, ¿no? Y la sociedad queda como frente a un aparador de enseres domésticos que no puede comprar, ni siquiera puede opinar. **Conductor de Radio y TV, N2**

Aquí es una semana de seguir con lo mismo, lo mismo. Los medios estamos al servicio de los políticos, ellos son los que dan publicidad finalmente, y todos son negocio. Ellos son los que marcan la pauta, no al revés. Un periódico, ningún periódico vive de sus lectores, todos viven de la publicidad, y yo creo que en función de eso se decide qué información es la más importante. **Reportera 1, Diario 'C'**

Yo aspiro a explicar lo que veo, yo no me puedo quedar con la postura de ser un estenógrafo, habemos muchos aquí que nos negamos a eso. Pero las declaraciones y los pleitos son lo que vende, es el escándalo, es el morbo. **Reportero 1, Diario 'G'**

Se trata, entonces, de una forma pasiva de recolección de información que en mucho imita a la metodología de recolección y transmisión, así como el lenguaje, del periodismo autoritario, incluso cuando la pluralidad y diversidad partidista de actores políticos que 'declaran' se multiplicó considerablemente luego de la alternancia política. Adicionalmente, en tanto que los eventos cubiertos y descritos por nuestros entrevistados

nutren en su mayoría la agenda del día, observamos que sus actividades se remiten a la cobertura de eventos agendados, y no necesariamente del fruto de la investigación o la iniciativa del periodista. Como señala el periodista británico David Randall, las conferencias de prensa son un monumento a lo ‘enteramente previsible’ (Randall, 2000). En la descripción de eventos de los periodistas que entrevistamos, y de su jornada laboral de una semana, se comprobó que sus asignaciones se centran en la cobertura de fuentes oficiales y las actividades que realizan los políticos y funcionarios públicos. Incluso la asignación de fuentes es reflejo de la división estructural del Estado.

En la concepción ocupacional de varios reporteros de radio, y muchos de prensa escrita, “cuando la conferencia se termina mi trabajo se termina” implica que el fragmento auditivo de la declaración política se convierte en la noticia y por tanto, sirve para llenar los ciclos de noticias y la demanda de trabajo que les imponen sus redacciones. Esta postura sin duda debilita la autoridad y legitimidad que requieren (y demandan) los entrevistados para reportar las noticias con el contexto e investigación necesarios. Así pues, no mucho ha cambiado desde que los llamados ‘reporteros pasivos’ del pasado le conferían con notable servilismo, toda la autoridad moral y editorial de sus notas a sus fuentes, usualmente al político de cuyo patronazgo dependía la supervivencia del medio. Si acaso, lo que ha cambiado es la actitud del periodista, el tono más agresivo y confrontacional de sus preguntas, y su interés por poner a los políticos en evidencia. A su vez, esos mismos políticos han refinado sus habilidades para sortear preguntas y re-dirigirlas hacia los mensajes que quieren comunicar y por tanto la lucha diaria de los periodistas no es ejercer el periodismo cívico, sino ganar la eterna batalla de preguntas y respuestas con sus entrevistados y ganar la imposición del ángulo de la nota. Con la llegada de más y nuevos actores políticos al escenario de debate no sólo se robusteció la esfera pública y se posibilitaron los espacios a la crítica y al debate, como asume Sallie Hughes en su estudio, sino que la confrontación estéril y el conflicto se multiplicaron y viralizaron a través de un periodismo declarativo que usualmente falla en poner las discusiones en un contexto más profundo, de política pública o de estrategia. Al periodismo vigilante que presuponían los reportajes de los noventas parece seguirle una tendencia que identificó Silvio Waisbord (2000) en varios países sudamericanos el *denuncismo*, o la práctica de acusaciones y denuncias de ‘todos contra todos’ que es posibilitado a través de esta cadena de declaraciones y reacciones en el que los periodistas hacen muy poco por verificar. Es verdad que no se trata ya sólo de una fuente única, el PRI, la que determina la dirección y tono de la información, como en antaño. Sin embargo, son los conflictos entre las élites políticas y fuentes oficiales, y no los ciudadanos o eventos no inmediatos que requieren análisis y perspectiva, las que continúan monopolizando la atención de los medios, así como su narrativa, y por tanto, incidiendo en la agenda pública.

CONCLUSIÓN

Como concluimos de nuestro proyecto de investigación basado en entrevistas a profundidad con 90 periodistas mexicanos de 21 medios de la llamada ‘prensa nacional’, hay un consenso de que el periodismo se ha transformado sustancialmente respecto del

pasado, pero no en la dirección, ni con el grado de profesionalismo, calidad y rigor que muchos desearían. La realidad política y social parece haberlos rebasado, y los instrumentos para explicar e interpretar que proveen los actuales cánones periodísticos son en el mejor de los casos, insuficientes, y en el peor, limitados. Así pues, comprobamos que los medios informativos no ‘evolucionaron’ de forma lineal y pasaron de la complicidad con el estado a un modelo de periodismo comercialmente viable y profesionalmente consistente, ‘cívico’ o ‘asertivo’. En lugar de ello, el desarrollo histórico del periodismo ha seguido una ruta híbrida donde se han amalgamado valores liberales con propósitos y prácticas autoritarios, y en el que el cambio no supuso la erosión completa de formas antiguas, sino la continuidad de muchas de las condiciones que la sostenían, pero maquilladas bajo la fachada de los valores liberales.

Los periodistas mexicanos discursivamente manifiestan un apego muy claro a los valores liberales del periodismo, pero han re-interpretado y adaptado a prácticas culturalmente heredadas y a reglas no escritas. Por ejemplo, la objetividad ha perpetuado hábitos de narratividad que privilegia a las élites y a su discurso, y que deviene en el llamado ‘periodismo declarativo’, una tendencia del periodismo mexicano que tiende a la superficialidad y oficialismo y no a la investigación o contextualización o el llamado ‘watchdog journalism’, como supone la lectura que han hecho sobre México los investigadores que apoyan la tesis de la apertura democrática.

Proponemos entonces la recomposición del lente analítico que frecuentemente se utiliza en la investigación anglosajona –y que hemos heredado en América Latina– sobre las normas y estándares periodísticos que damos por sentado pero cuya viabilidad en el contexto mexicano raramente interrogamos. El modelo con que se evalúa el periodismo tiende a estar apuntalado por normatividad y valores liberales anclados en el modelo de esfera pública de Habermas y en conjunción con la realidad de las democracias maduras, industrializadas, y de libre mercado. Sin embargo, en sociedades tan complejas como las latinoamericanas, y particularmente con tradiciones alternativas y cíclicas de modernidad, el escenario mexicano parece invitar un análisis más detallado y minucioso de la manera en como se re-inventan y se re-adaptan las nociones de modernidad periodística, objetividad y autonomía con hábitos e inercias heredadas de un sistema de complicidad de más conocido entre la prensa mexicana y el poder político. Así pues, nuestro estudio es un llamado a repensar el modelo de periodismo que se necesita en el contexto mexicano actual, justo cuando las agendas de investigación se enfocan cada vez más en la diversidad de plataformas de distribución de noticias, cuando la pregunta fundamental de ‘qué tipo de periodismo necesitamos’ aún no ha sido suficientemente discutida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBURQUERQUE, A. de (2005): Another 'Fourth Branch': Press and Political Culture in Brazil". *Journalism: Theory, Practice, Criticism*, 6(4), 489-507.
- ALLAN, S. (1997): News and the Public Sphere: Towards a History of Objectivity and Impartiality. En M. Bromley and T. O'Malley (Eds.), *A Journalism Reader* (pp. 296-329.). Londres: Routledge.
- ALLAN, S. (1999): *News Culture*. Buckingham: Open University Press.
- BECKER, J. (2004): Lessons from Russia: A Neo-Authoritarian Media System. *European Journal of Communication*, 19(2), 139-169.
- BALDIVIA URDINEA, J., M. PLANET, J. SOLÍS Riva y T. GUERRA (1981): *La Formación de los Periodistas en América Latina: México, Costa Rica y Chile*. México: Nueva Imagen.
- BENSON, R., y D. HALLIN (2007): How States, Markets and Globalization Shape the News: The French and US National Press, 1965-97. *European Journal of Communication*, 22(1), 27-48.
- BOUDANA, S. (2010): On the values guiding the French practice of journalism: Interviews with thirteen war correspondents. *Journalism*, 11(3), 293-310.
- CARREÑO CARLÓN, J. (2000): Cien años de subordinación: Un modelo histórico de la relación entre prensa y poder en México en el siglo XX. *Sala de Prensa*, 2(16). Disponible en; <http://www.saladeprensa.org/art102.htm> [Acceso 3 de mayo del 2007]
- CHALABY, J. (1998): *The Invention of Journalism*. Basingstoke: McMillan.
- CHALABY, J. K. (1996): Journalism as an Anglo-American Invention. A comparison of the Development of French and Anglo-American Journalism, 1830-1920s. *European Journal of Communication*, 11(3), 303-326.
- CHRISTIANS, C. G., T. GLASSER, D. Mcquail, K. NORDENSTRENG, y R.A WHITE (2009): *Normative Theories of the Media: Journalism in Democratic Societies*. Urbana: University of Illinois Press.
- CLEARY, J. (2003): Shaping Mexican Journalists: The Role of University and On-the-Job Training. *Journalism and Mass Communication Educator*, 58(2), 163-174.
- CURRAN, J. (2002): *Media and Power*. Londres: Routledge.
- y PARK, M. J. (Eds.). (2000): *De-Westernizing Media Studies*. Londres: Routledge.
- DAVIS, A. (2009): Journalist-source relations, mediated reflexivity and the politics of politics. *Journalism Studies*, 10(2), 204-219.
- DE BURGH, H. (2003): *The Chinese Journalist: Mediating information in the world's most populous country*. Londres; Nueva York: Routledge Curzon.
- DEL CASTILLO TRONCOSO, A. (2005): El surgimiento de la prensa moderna en México. En B. CLARK de LARA and E. GUERRA (Eds.), *La República de las Letras: asomos a la cultura escrita del México Decimonónico* (Vol. 2: Publicaciones Periódicas y Otros Impresos, pp. 105-118). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- DEL PALACIO MONTIEL, C. (2006): La prensa como objeto de estudio. Panorama actual de las formas de hacer historia de la prensa en México. *Comunicación y Sociedad*, 5 (Nueva Época), 11-34.
- DEUZE, M. (2005): What is journalism? Professional identity and ideology of journalists reconsidered. *Journalism*, 6(4), 442-464.
- FROMSON, M. (1996): Mexico's struggle for a free press. En R. E. Cole (Ed.), *Communication in Latin America: Journalism, Mass Media and Society* (pp. 115-137). Wilmington, DE: Scholarly Resources.
- FUENTES-BERÁIN, R. (2002): Prensa y poder político en México. *Revista Iberoamericana de Comunicación*, 2 (Primavera-Verano), 61-79.
- GANTÚS, F. (2004): Prensa satírica y poder político. Las relaciones entre la prensa revolucionaria y la gobiernista en torno a la reelección presidencial, 1876 *Annis: Revue de Civilisation Contemporaine de l'Université de Bretagne Occidentale-Europes/Amé* (Europes/Amériques), 1-11.
- (2007): Porfirio Díaz y los símbolos del poder. La caricatura política en la construcción de imaginarios. *Cuicuilco: Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, 14(40), 205-225.
- GARCIADIEGO, J. (1995): La prensa durante la Revolución Mexicana. In A. Cano Andaluz (Ed.), *Las publicaciones periódicas y la historia de México* (pp. 71-88). México: UNAM.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1989): *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- HALLIN, D. (2000): Media, political power, and democratization in México. En J. Curran y M.-J. Park (Eds.), *De-Westernizing Media Studies* (pp. 97-110). Londres: Routledge.
- y R. GILES (2005): Presses and Democracies. En G. OVERHOLSER and K. HALL JAMIESON (Eds.), *The Press* (pp. 4-16). Nueva York: Oxford University Press
- HALLIN, D., y P. MANCINI (2004): *Comparing Media Systems: Three Models of Media and Politics*. Nueva York: Cambridge University Press.
- HANITZSCH, T. (2007): Deconstructing Journalism Culture: Toward a Universal Theory. *Communication Theory* (17), 367-385.
- (2009): Journalism Cultures - Institutional Roles, epistemologies, ethical ideologies [pdf charts]. Múnich: Worlds of Journalism Project. Disponible en: <http://www.worldsofjournalism.org/download.htm> [Acceso Abril 30, 2010]
- HARRISON, J. (2000): *Terrestrial News in Britain: The Culture of Production*. Manchester: Manchester University Press.
- HERNÁNDEZ RAMÍREZ, M. E. (2010): Franquicias periodísticas y sinergias productivas en la prensa mexicana: en busca de nuevos modelos de financiamiento. En M. E. HERNÁNDEZ RAMÍREZ (Ed.), *Estudios sobre Periodismo: Marcos de Interpretación para el Contexto Mexicano* (pp. 55-122). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- HUGHES, S. (2003): From the Inside Out: How Institutional Entrepreneurs Transformed Mexican Journalism. *International Journal of Press/Politics*, 8(3), 87-117.

- (2006): *Newsrooms in Conflict: Journalism and the Democratization of México*. Pittsburgh: University of Pittsburg Press. *Versión en español*: HUGHES, S. (2009) *Redacciones en Conflicto: El periodismo y La Democratización en México*, México: Porrúa, 342 p.
- KENNY, T., y P. GROSS (2008): Journalism in Central Asia: A Victim of Politics, Economics, and Widespread Self-censorship. *International Journal of Press/Politics*, 13(4), 515-525.
- KOVACH, B., y T. ROSENSTIEL, (2001): *The Elements of Journalism: What Newspeople Should Know and the Public Should Expect*. Nueva York: Crown Press.
- KUNELIUS, R., y L. RUUSUNOKSA (2008): Mapping Professional Imagination. *Journalism Studies*, 9(5), 662-678.
- LAUK, E. (2009): Reflections on Changing Patterns of Journalism in the new EU countries. *Journalism Studies*, 10(1), 69-84.
- LAWSON, C. (2002): *Building the Fourth State: Democratization and the Rise of a Free Press in Mexico*. Berkeley; Los Ángeles: University of California Press.
- LOMBARDO GARCÍA, I. (2002): El siglo de Cumplido. La emergencia del periodismo mexicano de opinión (1832-1857) México: UNAM
- (1992): *De la opinión a la noticia*. México: Kiosko.
- MANCINI, P. (2000): Political Complexity and Alternative Models of Journalism: the Italian case. En J. Curran and M.-J. Park. (Eds.), *De-Westernizing Media Studies* (pp. 265-278). Londres; Nueva York: Routledge.
- MARTÍNEZ S., J. L. (2005): *La vieja guardia: Protagonistas del periodismo mexicano*. México: Plaza y Janés.
- MCCHESNEY, R. (1999): *Rich Media, Poor Democracy: Communication Politics in Dubious Times*. Urbana: University of Illinois Press.
- MELLADO RUIZ, C. (2010): *Comparing Journalism Cultures in Latin America: The Case of Chile, Brazil and Mexico*. Ponencia presentada en la 28ava conferencia de la Asociación Internacional de Estudios en Comunicación Social (AIERI), Universidad de Minho, Braga, Portugal.
- MERAYO PÉREZ, A. (2005): *Valores profesionales y sentido de la profesión periodística: una investigación sobre la función social de los periodistas en Salamanca*. Publicación del 3er Congreso Internacional de Ética y Derecho a la Información: “Información para la paz: autocrítica de los medios y responsabilidad del público” 2004, (pp. 467-487) Valencia: Fundación COSO
- MERRILL, J., y J. NERONE (2002): The Four Theories of the Press Four and a Half Decades Later: A retrospective. *Journalism Studies*, 3(1), 133-136.
- MINDICH, D. (1998): *Just the Facts: How “Objectivity” came to Define American Journalism*. Nueva York: Nueva York University Press.
- PINTO, J. (2009): Diffusing and Translating Watchdog Journalism. *Media History*, 15(1), 1-16.
- PÉREZ RAYÓN, N. (2005): La prensa liberal en la segunda mitad del siglo XIX. En B. CLARK de LARA y E. GUERRA (Eds.), *La República de las Letras: Asomos a la*

- Cultura Escrita del México Decimonónico* (Vol. 2. Publicaciones Periódicas y Otros Impresos, pp. 145-158). México: UNAM.
- RANDALL, D. (2000): *The Universal Journalist*. (2nd ed.). Londres: Pluto Press.
- RIVA PALACIO, R. (1998): *Más allá de los límites: Ensayos para un Nuevo Periodismo* (2nd ed.). México: Universidad Iberoamericana; Fundación Manuel Buendía.
- ROCKWELL, R. (2002): Mexico: The Fox Factor. En E. Fox and S. Waisbord (Eds.), *Latin Politics, Global Media* (pp. 107-122). Austin: University of Texas Press.
- SCHERER, J. (1986): *Los presidentes México*: Grijalbo.
- y C. Monsiváis (2003): *Tiempo de Saber: Prensa y Poder en México*. México: Nuevo Siglo-Aguilar.
- SCHILLER, D. (1981): *Objectivity and the News: The Public and the Rise of Commercial Journalism*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- SCHUDSON, M. (1995): *The Power of News*. Cambridge, MA.: Harvard University Press.
- (1997): The Sociology of News Production. En D. Berkowitz (Ed.), *Social Meaning of News* (pp. 7-22). Mil Robles, CA.: Sage.
- (2001): The Objectivity Norm in American Journalism. *Journalism: Theory, Practice and Criticism*, 2(2), 149-170.
- (2005): The US model of journalism: Exception or Exemplar? En H. De BURGH (Ed.), *Making Journalists: Diverse Models, Global Issues* (pp. 94-106). Abingdon, Inglaterra; Nueva York: Routledge.
- SCHUDSON, M. y S. E. TIFFT (2005): American Journalism in Historical Perspective. En G. Overholser y K. Hall-Jamieson (Eds.), *The Press* (pp. 17-47). Nueva York: Oxford University Press.
- SECANELLA, P. (1982): *El periodismo político en México*. México: Prisma.
- SHAFER, R., y E. FREEDMAN (2003): Obstacles to the Professionalization of Mass Media in Post-Soviet Central Asia: a case study of Uzbekistan. *Journalism Studies*, 4(1), 91-103.
- SIEBERT, F., T. PETERSON y W. SCHRAMM (1956): *Four Theories of the Press*. Urbana: University of Illinois Press.
- SIGAL, L. (1973): *Reporters and Officials*. Lexington, MA: D. C Health.
- SOSA PLATA, G., y A. ESQUIVEL (1997): *Las Mil y Una Radios. Una historia. Un análisis actual de la Radiodifusión Mexicana*. México: McGraw Hill.
- TUNSTALL, J. (1970): *The Westminster Lobby Correspondents: A Sociological Study of National Political Journalism*. Londres: Routledge and Kegan, Paul.
- (1971): *Journalists at Work: Specialist Correspondents; their News Organizations, News Sources, and Competitor-Colleagues*. Londres: Constable.
- WAISBORD, S. (2000): *Watchdog Journalism in South America: News, Accountability, and Democracy*. Nueva York: Columbia University Press.
- WALLIS, D. (2004): The Media and Democratic Change in Mexico. *Parliamentary Affairs*, 57(1), 118-130.

- WEAVER, D. (2005): Who Are Journalists? En H. De Burgh (Ed.), *Making Journalists: Diverse Models, Global Issues* (pp. 44-57). Abingdon, Inglaterra; Nueva York: Routledge.
- (Ed.). (1998): *The Global Journalist: News People Around the World*. Cresskill, NJ: Hampton Press.
- WILKE, J. (1998): Journalists in Chile, Ecuador and Mexico. En D. Weaver (Ed.), *The Global Journalist: News People Around the World* (pp. 433-452). Cresskill, NJ: Hampton Press.
- ZELIZER, B. (1993): Journalists as Interpretive Communities. *Critical Studies in Mass Communication*, 10(3), 219-237.